

VI Congreso Interoceánico de Estudios Latinoamericanos

Mesa 5: Intelectuales e Historia de las Ideas

Aportes conceptuales y metodológicos para el abordaje de las mujeres en la historia

Sara Perrig¹

Este trabajo reflexiona sobre la potencialidad epistemológica de la historia de mujeres no como sinónimo de feminizar la historia sino en pro de introducir una perspectiva de género que permita complejizar la disciplina y deconstruir los abordajes dominantes. En primer lugar, se trabaja sobre el lugar que han ocupado las mujeres en la historiografía clásica y la necesidad de desmistificar ciertas categorías analíticas rígidas para poder despejar sus acciones en distintos contextos y los modos en que éstas interactúan con las de los hombres. En segundo lugar, se reflexiona sobre el trabajo histórico con mujeres el cual demanda un abordaje complejo que va más allá de la indagación de su exclusión de aquellos relatos que se constituyen desde una perspectiva androcéntrica. Esto es, la necesidad de deconstruir y analizar las múltiples variables que constituyen y atraviesan al sujeto histórico femenino. Finalmente, se aborda la importancia que tiene el desarrollo de nuevas categorías y líneas analíticas que faciliten trabajar en una intersección de escalas espaciales con base en los aportes de la microhistoria y el microanálisis. Mediante el planteo de nuevos aspectos conceptuales y metodológicos invitamos a pensar en distintas formas de entender la participación de las mujeres en el pasado, a la vez que bregar por estudios que desde un enfoque integral permitan problematizar, pluralizar y democratizar la narrativa histórica.

Palabras clave: historia; exclusión; mujeres; espacialidad; microanálisis.

¹ 1 Instituto Académico Pedagógico de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Villa María. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (IAPCS-UNVM/CONICET). sara_perrig@yahoo.com.ar



“No es la inferioridad de las mujeres lo que determina su
insignificancia histórica: su insignificancia histórica
las condena a la inferioridad”
(Beauvoir, 1949)

Las mujeres en la historiografía clásica

Dora Barrancos (2008) sostiene que la historia de las mujeres y la diferencia sexual ponen el mundo patas para arriba. Nos obligan a volver en el tiempo no para hallar minuciosidades que las ciencias sociales muchas veces han dejado pasar sino para cambiar el orden de las interpretaciones hegemónicas que hicieron, de la historia misma, un universo de comprensión masculina en el que las mujeres eran concebidas como actores intrascendentes. La historiografía clásica a menudo ha desconocido la importancia del accionar femenino en el desarrollo del curso histórico. La ausencia de las mujeres en las lecturas del pasado no responde a una práctica inocente sino que supone una demarcación con los hombres atravesada por múltiples desigualdades, asimetrías y mecanismos de poder. Hablar de mujeres y hablar de historia requiere preguntarnos por qué se ha tendido a considerar a los hombres como los únicos propulsores y representantes de la historia humana universal y se ha dejado a un lado la participación y las acciones de las mujeres; qué exclusiones constituyen y naturalizan la oposición hombre y mujer.

Mientras el hombre históricamente se ha podido definir a sí mismo, el cuerpo femenino se ha presentado siempre como un espacio conflictivo cruzado por discursos, prácticas médicas, reglas morales, controles religiosos y disputas políticas. Lo femenino y lo masculino se establecen a partir de una relación recíproca, se implican, se reafirman y se confirman entre sí. Esto supone desplazar el análisis de cada una de estas categorías en su individualidad, al estudio de hombres y mujeres en su interacción mutua. Implica pensar la igualdad en condiciones desiguales. Examinar las prácticas y contextos en los que se producen y reproducen los significados de la diferencia sexual.

El género en su vinculación con la historia, supone un análisis relacional contextualizado que desmitifique a la mujer como el opuesto necesario del hombre y como un sujeto universal y ahistórico que invisibiliza sus diferencias internas (Cangiano; DuBois, 1993: 10). La potencialidad del género como categoría de acceso al pasado reside en permitirnos dialogar con nuestro objeto de estudio a la vez que con nuestros propios presupuestos de análisis.

La historiadora Joan Scott (2008) sostiene que el género significa conocimiento de la diferencia sexual pero ello no supone que se valga de un contenido fijo e inmutable, su operatividad histórica está en su particular contingencia, en la posibilidad de abrirlo constantemente a nuevas significaciones. La historia de las mujeres se basa en las experiencias de éstas y permite analizar las distintas formas en que la política construye el género y el género a la política. En este sentido, la política es uno de los campos de saber en que el género puede ser utilizado para el análisis histórico. Aún más si tenemos en cuenta que la historia política -y aun el modo dominante de investigación histórica- se ha constituido a menudo como un reducto de poder resistente a la inclusión de las mujeres (Scott, 2008). De lo que se trata, entonces, no es de añadir simplemente a las mujeres a la historia sino de replantear los términos fundamentales de su exclusión.

Pensar una historia que incluya a las mujeres implica desmistificar ciertas categorías historiográficas rígidas para poder despejar las acciones de las mujeres en distintos contextos y los modos en que estas interactúan con las de los hombres. Se hace necesario no sólo visibilizar a las mujeres sino, sobre todo, explicar su comportamiento político, social o cultural. Buscarlas en aquellas formas de participación y acción no convencionales, no institucionalizadas, y por ende no encuadradas en los modelos existentes de las relaciones entre el Estado y la sociedad (Jelin, 1987). Donde no se las ve.

La historia de las mujeres y la historia política suponen el desconocimiento/ acallamiento de la primera por la segunda. Que las relaciones entre hombres y mujeres son sociales y culturalmente construidas es ya un lugar común. Sin embargo no deja de

ser inspiradora una historia de mujeres -y de todxs aquellxs cuerpos que no importan, parafraseando a Judith Butler (2005)- que desafíe su acallamiento en los relatos del pasado y que cuestione los términos, pautas y supuestos de lo que tradicionalmente se ha considerado como una historia objetiva, neutral y universal (Scott, 1999). Esto es, la posibilidad de reparar en las múltiples formas en que las mujeres han hecho historia y han canalizado su participación política, económica, social y cultural en la esfera pública.

Pensar en mujeres y política supone desafiar aquellas perspectivas ancladas en la corriente historiográfica clásica, las mismas que en su generalidad han dejado de lado la participación femenina en la vida pública y han confiscado su estudio al ámbito de lo privado. Implica privilegiar otras formas de hacer historia, que habiliten al estudio e indagación de la inserción política de las mujeres al intentar descifrar de otra manera las sociedades y penetrar en el entramado de relaciones y tensiones que las constituyen. Ello requiere abandonar toda fijación de sentido en términos absolutos e inmutables y aceptar que los lenguajes políticos cruzan el espectro ideológico y contextual y no son nunca entidades lógicamente integradas y autoconscientes (Palti, 2005: 34).

Ahora, no se trata de estudiar la especificidad de las mujeres como un otro excluido sino mostrar cómo a pesar de su ausencia en el relato histórico, éstas tuvieron una participación activa en la esfera pública-política. Pedirles especificidad a las mujeres es contradictorio, por un lado, porque apela a la condición de ser mujer como si fuera algo dado y, por el otro, porque supone medir su conducta en un patrón que universaliza al sujeto de la historia a la vez que lo masculiniza e invisibiliza sus diferencias internas. A menudo se insiste en estudiar el accionar social y político de las mujeres en comparación con los hombres sin reparar en que ello reclama que esa condición sea creada o alcanzada. Esto no implica negar la existencia de patrones simbólicos- culturales en torno a las diferencias políticas y sociales entre unas y otros, de lo que se trata es de evitar un planteo de la mujer como diferente de que termina siendo funcional a su negación histórica.

Buscar especificidad en las mujeres como forma de acceso a su actuación en el pasado es suponer que los vínculos entre éstas y los hombres resultan siempre antagónicos, y cuando no lo son lo que hay es una reproducción de las narrativas masculinas. Como si los hombres necesariamente fueran la causa y retorno de todo pensamiento. Resulta indispensable reparar en las variadas formas en que las mujeres han participado de la esfera pública-política sin circunscribir sus actuaciones al accionar y acontecer masculino. Esto es, no para confirmar si dicha participación ha reproducido o enfrentado máximas masculinas sino para reconocer pensamientos que definidos en su propia contingencia llevan a la necesidad de problematizar, pluralizar y democratizar la narrativa histórica.

La perspectiva de género y el trabajo historiográfico con mujeres

Consideramos la necesidad constante de replantearnos como científicos sociales el trabajo historiográfico a la hora de hacer historia de mujeres, éste demanda un abordaje complejo que va más allá de la indagación de su exclusión de aquellos relatos que se constituyen desde una perspectiva androcéntrica. Ya en 1949 Simone de Beauvoir remarcó la importancia de señalar las grandes diferencias regionales, históricas y socio-económicas subyacentes en cada sujeto histórico femenino. El género dirige la atención hacia otras categorías de la diferencia que se traducen en desigualdades, como la etnia, las diferencias regionales o provinciales y la clase social, planteando la pregunta acerca de cómo éstas se interrelacionan y constituyen recíprocamente (Stolcke 2000). Un enfoque sobre la desigualdad, y las formas que ésta adquiere en la esfera pública-política, debe estar basado en la historicidad del contexto y en un accionar crítico que nos permita poner en cuestión los mecanismos sociales y las convenciones institucionales tendientes a revertir o presentar dichas desigualdades como naturales y objetivas.

Las desigualdades sociales están inextricablemente vinculadas a la distribución despareja de recursos y capacidades y se expresan en relaciones de poder que remiten a los procesos históricos y políticos que las configuran (Reygadas, 2008). No todas las

voces son escuchadas, no sólo en lo que compete a la relación hombre-mujer sino también entre las propias mujeres. De allí que sea necesario indagar qué voces han sido legitimadas para hablar y participar en la esfera pública-política y qué voces han sido relegadas de su importancia contextual e histórica. “El rescate de las mujeres de su anonimato histórico implica escribir no sólo la historia de lo que no es inmediatamente visible sino también la historia de lo ausente, lo reprimido, lo ignorado” (Medina, 1998)

Toda demarcación histórica instituye un afuera que, en tanto condición de posibilidad de un adentro que se presenta como universal y libre de fisuras, queda aislado de toda posibilidad de registro y transmisión histórica. No obstante, siempre hay puntos de fuga, un escrito, una vieja acta de sindicato, una filmación, una foto, una representación artística, que nos muestran que esos “otros” también existen, existen en su cotidianeidad, en la lucha del día a día, en el trabajo, en la protesta, en los derechos y en la política, en sus formas institucionalizadas como en las que se ejercen en las fábricas, en las casas, y en las plazas. Hacer historia de las mujeres no es sinónimo de feminizar la historia, se trata de introducir una perspectiva de género que nos permita complejizar la disciplina, así como discutir y deconstruir los abordajes historiográficos existentes.

El potencial epistemológico de la historia de las mujeres reside en una mirada crítica sobre la historiografía general -política, económica, cultural, social, intelectual- que se pregunte por su ausencia en los relatos de aquellos sucesos cuyo entramado hace a la propia historia de la humanidad. Esto es, el modo en que tradicionalmente se dio la relación entre el trabajo historiográfico y el conocimiento de los hechos del pasado. Ahora bien, que sea historia de mujeres no implica que sea exclusivamente la historia de ellas, de lo que se trata es de narrar lo histórico de un modo distinto y más inclusivo. La historia sólo puede aprehenderse como un proceso continuo y dinámico que involucra a todas y cada una de las personas. En ello el concepto de género así como el concepto de poder son centrales. Pensar que los cuerpos existen fuera de las demarcaciones discursivas de poder que los instituyen, fuera de sus constituciones ideológicas, es un sin sentido.

La realidad histórica de los cuerpos es un recorte delimitado por un sistema cultural a través de una jerarquización y exclusión mediada por desigualdades y asimetrías de poder (Halperin y Acha, 2000). La historia de las mujeres debe definirse como una historia radical. No se trata de reemplazar un discurso hegemónico por otro, ni tampoco forjar una proliferación de registros históricos individuales (historia queer, historia feminista, historia negra, etc.). Implica pensar una diversidad de voces que ponga todos los relatos en crisis, y actúe sobre los silencios que se han instituido como condición de posibilidad de un relato histórico único. Ir a las bases mismas de la opresión. La historia de las mujeres -en tanto historia del modo en que se instituye la diferencia sexual- es siempre una historia política.

Microhistoria e historia de las mujeres

Uno de los desafíos que acarrea el estudio de las mujeres en la historia, es definir cuáles son las mujeres que se van a estudiar o el recorte humano que abordaremos, y sobre qué temporalidades y espacios, contextos o coyunturas realizaremos nuestro trabajo. Dentro de lo que es la historiografía argentina hasta el momento han imperado recortes analíticos que abordan la historia de las mujeres en una escala nacional. Si bien existen investigaciones que emprenden estudios de caso en provincias o algunas localidades su número es todavía muy pequeño respecto a un desarrollo bastante exhaustivo de trabajos en marcos que toman como punto de partida el Estado Nación, ya sea que hagan hincapié en la historia social, cultural, intelectual, económica o política.

Esta tendencia se corresponde con lo que son los estudios historiográficos en el país donde recién en los últimos años han empezado a desarrollarse con cierta frecuencia trabajos que incluyen otras escalas espaciales. Lo cierto es que cada vez más se recurre a herramientas analíticas brindadas por la microhistoria y el microanálisis, lo cual sigue siendo embrionario, aún más en el caso de investigaciones que tienen como base una perspectiva de género. Dentro de estas líneas analíticas, los escritos del francés Jacques Revel (2015) -algunos de reciente traducción al castellano- alumbraron estudios que han



marcado nuevos enfoques e investigaciones en Argentina, como son los de Clarisa Agüero (2009, 2015) en términos de la historia cultural de la ciudad de Córdoba.

¿Cuáles son las particularidades de la microhistoria? La microhistoria es, antes que una disciplina o una escuela, una práctica o experiencia de investigación. Esto es, una práctica historiográfica que busca construir objetos complejos evitando los determinismos de un centro macro que funciona como punto de anclaje de lo que pueden llegar a ser situaciones o contextos diferentes. No referimos al reemplazo de una escala por otra, sino a su variación, al juego e interrelación entre diferentes recortes espaciales. No se trata de intercambiar las lentes sino de ir modificando su graduación a fin de deconstruir tramas y formas de interacción social que no son visibles a simple vista. Así, la riqueza analítica de la microhistoria reside en la comparación que permite la variación de escalas (Revel, 2015).

Ahora, elegir una escala consiste en seleccionar un nivel de información que sea pertinente con el nivel de información a organizar (Lepetit, 2015). Teniendo en cuenta que las fronteras entre ésta y otras escalas de observación son siempre móviles y porosas, a la vez que necesarias en su cruce para poder despejar y reconstruir en fecundidad el objeto de estudio. En otras palabras, la clave es comprender mejor el entramado de las lógicas sociales con eje en la experiencia de los actores, reconstruyendo el contexto, o más bien los contextos, que le dan sentido o forma (Revel, 2015). A menudo nos encontramos con obstáculos metodológicos como el intentar hacer de lo micro el estatus de lo macro, el desafío está en el no condicionamiento o determinismo de la realidad a estudiar, entendiendo la complejidad de lo social en una interrelación de planos y enfoques que no son reductibles a ninguno en particular.

Consideramos que la microhistoria se presenta como un campo de trabajo que permite el desarrollo y complejización de la historia de las mujeres entendida en esa radicalidad y pensamiento crítico necesario en su potencial emancipatorio. La microhistoria nos permite reparar en la multiplicidad de experiencias, la pluralidad de contextos de referencia y las contradicciones y paradojas que atraviesan históricamente la

participación de las mujeres en la esfera pública-política. Nos lleva a enriquecer el análisis procurando que sus variables sean más numerosas. Esto es, la construcción de identidades plurales y plásticas que se producen a través de una red estrecha de relaciones de competencia, de solidaridad y alianza. Si renunciamos a esa perspectiva central, desde la cual se anuncia el proyecto estatal, si cambiamos la escala de observación de lo real, los resultados de nuestra indagación pueden resultar muy diferentes (Revel, 2015).

Sin embargo, para que ello ocurra, tenemos también que evitar la excepcionalidad y la notoriedad como patrón de inclusión histórica femenina, es importante poder reparar en todas las mujeres, de todas las condiciones, épocas y espacios territoriales. Mujeres activas en la arena pública como otras cuyas acciones se iniciaron incidentalmente acarreado consecuencias y repercusiones públicas. El espacio local -en su entrelazamiento regional/nacional- resulta un ámbito necesario en su indagación para el desarrollo de la historia de las mujeres. Permite complejizar miradas y brindar explicaciones más holísticas sobre la acción humana, sus intersticios y sus contradicciones (Arce y Salomón, 2017). Como sostiene Dora Barrancos (2009) aumentar el conocimiento acerca de la actuación de las mujeres en el pasado es incrementar la conciencia sobre su exclusión de la narrativa académica canónica, un paso fundamental de dar para la conquista de la equidad de género en nuestro presente.

Bibliografía

Acha, Omar y Halperin, Paula (Comp.) (2000) *Cuerpos, géneros e identidades*. Buenos Aires: Ediciones del Signo.

Agüero, Ana Clarisa y García, Diego (2013) *Culturas locales, culturas regionales, culturas nacionales. Cuestiones conceptuales y de método para una historiografía por venir*. Prismas. Revista de historia intelectual (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes), vol. 17, n° 2, 181-185.

Arce, Alejandra de y Salomón, Alejandra (2017) *Fronteras flexibles. Género, peronismo y sociabilidad política en Pergamino, Buenos Aires, Argentina, 1946-1953*. Historia y MEMORIA (Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia) n° 14, 167-



203. Barrancos, Dora (2008) Mujeres entre la casa y la plaza. Buenos Aires: Sudamericana. Butler, Judith (2005) Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo". Buenos Aires: Paidós.
- Barrancos, Dora (2009) "Prólogo" en Valobra, Adriana (Ed.) Mujeres en espacios bonaerenses, La Plata, UNLP.
- Cangiano, María Cecilia y DuBois, Lindsay (1993) Estudio preliminar. En: Cangiano, María Cecilia; DuBois, Lindsay (Comp.) De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 7- 16.
- Lepetit, Bernard (2015) De la escala en historia. En: Revel, Jacques (Comp.) Juegos de escalas: experiencias de microanálisis. San Martín: UNSAM EDITA, 87-114.
- Medina, María Clara (1998) Comentarios críticos a algunas categorías teóricas históricas: sexo, género y clase. Anales Nueva Época (Suecia: Instituto Iberoamericano, Universidad de Göteborg), n° 1.
- Palti, Elías (2005) Temporalidad y refutabilidad de los conceptos políticos. Prismas.
- Revista de historia intelectual (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes), n° 9, 19-34.
- Revel, Jacques (2015) Microanálisis y construcción de lo social. En: Revel, Jacques (Comp.) Juegos de escalas: experiencias de microanálisis. San Martín: UNSAM EDITA, 19-44.
- Reygadas, Luis (2008) La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad. Barcelona: Anthropos.
- Scott, Joan (1999) Historia de las mujeres. En: Burke, Peter y otros (Eds.) Formas de hacer historia. Madrid: Alianza.
- Scott, Joan (2008) Género e historia. México: Fondo de Cultura Económica.
- Stolcke, Verena (2000) ¿Es el sexo para el género lo que la raza para la etnicidad... y la naturaleza para la sociedad? Política y Cultura (México: Universidad Autónoma Metropolitana), n° 14, 25-60.